

Los nacionalismos y el bloque soviético

Anthony Barnett,
Hans Magnus Enzensberger y
Boris Kagarlitsky*

(Traducción de Margarita Barañano Cid)



Anthony Barnett.—Vamos a concentrarnos en el nacionalismo, en el destino del bloque soviético y en cómo este destino puede afectarnos. Recientemente, hablando sobre su nuevo libro, Hans Magnus, usted dijo que Europa se define por una sola palabra, «historia». Con Turquía, Austria y Hungría deseando entrar en la Comunidad Europea y Gorbachov hablando de la «casa común europea», ¿hasta dónde se extiende esta historia por el Este? ¿Incluye Moscú? ¿La Unión Soviética es parte de Europa?

Hans Magnus.—Se trata de una vieja pregunta muy difícil de responder. Si echamos una ojeada al mapa nos damos cuenta en seguida de que entre Polonia y Rusia no hay un canal. Y es imposible concebir la cultura europea sin abarcar la cultura rusa. A este nivel creo que Rusia, sin duda alguna, es parte de Europa. El problema surge cuando uno examina las culturas políticas. Por ello continuamos haciéndonos esta pregunta, porque la cultura política y social de Rusia está muy alejada de la Europa Occidental. Y esto no tiene nada que ver con el carácter nacional de los rusos, sino que es una acreencia histórica. Lo poco que conozco de la historia rusa parece indicar que han tenido muy pocas ocasiones de desarrollar una historia análoga a la del Occidente europeo, como la Reforma, incluso el Renacimiento. Su Ilustración fue muy específica.

Boris Kagarlitsky.—Fue importada.

H. M.—Fue importada. Y bajo el dominio de los zares, la servidumbre fue abolida muy tarde, etcétera. Sólo hubo un período muy breve de democracia. Antes de la Primera Guerra Mundial, la *Dun.a* era bastante insatisfactoria. Un ruso me dijo una vez: «Nosotros sólo tuvimos total libertad de prensa desde febrero a octubre de 1917.»

B. K.—Eso no es cierto. Lamento interrumpir. He leído los periódicos rusos desde enero a diciembre de 1917. Bajo el régimen zarista no existió una censura total, como tampoco hubo una libertad de prensa completa después del levantamiento de febrero, ni la censura volvió a ser absoluta tras la toma del poder en octubre. Los bolcheviques no fueron capaces de organizar la censura adecuadamente, cosa que trataron de hacer sólo muy a finales de 1917. La historia completa desde enero de 1917, no sólo hasta diciembre, sino probablemente hasta mediados de 1918, no fue una historia de libertad, sino más bien una historia de caos.

H. M.—Sí.

B. K.—Con el caos político uno goza de mucha

libertad. Pero no se trata de una libertad organizada en el sentido occidental. En ese sentido, la libertad jamás existió en Rusia. La libertad institucionalizada jamás existió en Rusia.

H. M.—El imperio de la ley. Hasta cierto punto, existió el imperio de la ley.

B. K.—Sí. Existía un liberalismo institucionalizado; un régimen autoritario, bastante autoritario, especialmente para los campesinos, pero que al mismo tiempo ofrecía algunas posibilidades reales para que la intelectualidad y los estratos medios de la sociedad se comportaran más o menos como si estuviesen en el mundo occidental. Pero no estoy de acuerdo en que Rusia sea una parte de Europa. Ello equivaldría a ignorar su otra casa. Evidentemente, se puede decir que la cultura japonesa no es europea, aunque incorpore algunos elementos de la cultura europea. La India no tiene una cultura europea, a pesar incluso de que hablen inglés. Hay otras culturas, entre ellas la rusa, a las que yo llamo posteuropeas, aunque probablemente no sea esta la definición correcta y hubiera que pensarlo más. Por ejemplo, en Latinoamérica se produjo un fuerte impacto de los valores centrales de la cultura europea y, sin embargo, al mismo tiempo, no podemos decir por ello que Latinoamérica sea Europa. Creo que probablemente sucede lo mismo con los Estados Unidos; no es una cultura europea, pero es imposible imaginar la cultura norteamericana sin el fermento europeo en algún rincón de lo más profundo de su corazón.

H. M.—Permítame interrumpirle para señalarle que debemos ser conscientes del riesgo de definir Europa de un modo excesivamente homogéneo. Respecto al caso de España, por ejemplo, el adagio era: «Africa empieza en los Pirineos». Esto hoy puede parecer estúpido, pero, sin embargo, había sus razones... Siempre hay una razón para estos mitos triviales. El hecho es que, durante largos periodos de tiempo, España se podía considerar semieuropea en el sentido al que usted se refiere. Y esto es cierto también respecto a muchas otras partes de Europa. Por tanto, Europa no es una unidad en términos culturales, y hablar de la cultura rusa no es lo mismo que hablar del caso de Latinoamérica, porque existió un *toma y daca* por lo menos durante dos siglos. La cultura europea incorporó la contribución de la cultura rusa, es decir, la cultura rusa aportó algo. ¿Y cómo podemos definir una cultura común? Es un *toma y daca*. Cuando este *toma y daca* alcanza un cierto nivel, una tradición y una histo-

ria propias, entonces resulta difícil delimitar lo que es propio de ella y lo que no. A causa de esta interdependencia, cada una se convierte en parte de la otra, y es en este sentido en el que digo que no me es posible imaginar la cultura europea sin la contribución rusa.

B. K.—Sin embargo, también los americanos tienen una relación similar; estuvieron muy vinculados al desarrollo europeo. Con esto no pretendo decir que Rusia no sea parte de Europa, porque geográficamente sería absurdo. Aunque estoy de acuerdo con que muchos rusos tienen una visión muy reduccionista de Europa. Aron Gurevich, un excelente historiador del Medioevo, me dijo una vez que si uno se preguntase qué entienden los rusos por Europa, no tardaría en descubrir que Europa es Francia, y no toda Francia en conjunto, sino sólo París..., y dentro de París, sólo algún barrio.

A. B.—El proceso desencadenado por la «perestroika» está estrechando las relaciones de los países de Europa Oriental con Europa Occidental. Esto no está ocurriendo con Latinoamérica, y quizá está sucediendo lo contrario en el caso de los Estados Unidos. Por consiguiente, ¿cree usted, Boris, que Rusia se está acercando más a Europa, aunque sólo sea a París?

B. K.—Anthony, tengo que decirle algo muy deprimente. La brecha que existe entre la Unión Soviética y Occidente, y en especial Europa Occidental, no está cerrándose. Por el contrario, se está ensanchando con gran rapidez. Entiéndame bien; uno de los aspectos terribles referentes a la cultura política rusa es su obsesión por alcanzar y adelantar a Occidente, especialmente a Europa Occidental. Todo apunta a que la brecha se está ampliando. Los japoneses se enorgullecen de sí mismos y de su cultura, y pueden analizar sus progresos en sus propios términos. Aventajaron a Occidente como subproducto de su propio desarrollo natural, que a su vez se basó en las condiciones que ellos mismos se impusieron, en cierto modo, por su propia elección. La clase dirigente en Japón no eligió imitar el estilo occidental de desarrollo, sino desarrollar su propia sociedad de acuerdo con los valores y la lógica compartidos por la mayor parte de la población. En Rusia, los estratos dirigentes siempre están intentando imponer cierto tipo de desarrollo de corte occidental, mientras que la población siempre se está resistiendo a ello, ya sea de manera activa o pasiva. Hemos caído en una trampa: somos cada

vez más dependientes y nos estamos quedando más rezagados.

Históricamente, cuando Pedro el Grande tomó el poder, Rusia estaba bastante atrasada, pero la brecha era aproximadamente de unos cincuenta años. Se realizó un tremendo esfuerzo de no menos de tres generaciones para acortar esta distancia. A finales del siglo XVIII, cuando la tropas rusas tomaron Berlín por vez primera, se creía tanto en Rusia como en Occidente que Rusia casi había alcanzado el nivel de desarrollo europeo, y que estaba a punto de entrar a formar parte de la casa europea como un miembro más. Después, la Revolución Industrial comenzó en Gran Bretaña y se inició el siguiente ciclo: una vez más, los cincuenta años. Y lo que fue peor, en el intento de remontar esta distancia no se destruyó la servidumbre, antes bien: se fortaleció. Tras la guerra de Crimea, Rusia se vino abajo, y la brecha se hizo cada vez más evidente. Entonces se decidió liberalizar y poner en práctica... no la democracia, porque Occidente no era democrático.

H. M.—El imperio de la ley...

B. K.—Sí, un tipo de desarrollo liberal desde arriba. La misma vieja burocracia dirigente y los tradicionales estratos dominantes trataron de utilizar precisamente los métodos de Occidente, porque al fin comprendieron que Occidente no era sólo un logro técnico. En lugar de ello intentaron poner en práctica las instituciones occidentales, sin pensar si éstas encajaban en la cultura rusa. Aquel ciclo, una vez más, fracasó y se derrumbó. Primero, con la guerra japonesa; después, con la Primera Guerra Mundial. Hoy en día, muchos intelectuales rusos hablan de aquellos mal intencionados bolcheviques que pusieron la sociedad «patas arriba». Pero yo creo que el responsable fue este proceso. Los bolcheviques lograron tomar el poder sencillamente porque, nos guste o no, eran la única fuerza organizada con capacidad de reorganizar la sociedad. Alguien tenía que someter la sociedad a algún tipo de dictadura. Entonces fue cuando Stalin reprodujo una modernización forzada al estilo de Pedro el Grande, sólo que mucho más brutal, y que acabó por agotarse después del Sputnik. Es por esto por lo que me da tanto miedo la «perestroika», porque puede desencadenar la misma lógica. Alejandro II se las ingenió para producir una generación que se beneficiara de su reforma, y la mayoría de la población mejoró sus niveles de vida desde 1861 hasta finales del siglo XIX. Ahora, al parecer, estamos pasando de un intento

de reforma al colapso, sin ningún período intermedio de progreso.

Es por eso por lo que soy muy escéptico con respecto a la situación en Polonia y Hungría, porque es muy probable que la lógica de la desintegración les obligue a crear no una democracia al estilo occidental, sino algún tipo de dictadura de corte latinoamericano.

H. M.—Pero en ese caso se contradice usted mismo, porque el historial de Europa Oriental es diferente. Lo que vemos en estos países no es sólo algo completamente nuevo, como podría ser el caso de Rusia, sino que además están recuperando algunos aspectos de su propio pasado, volviendo la vista atrás a lo que tuvieron, aunque fuera durante breves períodos de tiempo. En los estados bálticos, la soberanía nacional fue muy corta y, en muchos aspectos, dudosa. No pretendo ensalzarla, pero existió. Tuvieron sus propias luchas, revoluciones, rebeliones, que han quedado impresas en la memoria colectiva. Tienen que construir algo nuevo, pero pueden hacerlo partiendo de lo que ya sucedió anteriormente. Por consiguiente, creo que tienen una auténtica oportunidad. Tampoco están solos en el mundo. Ahora se habla de ayudarles, e históricamente hablando, siempre fueron la periferia del capitalismo occidental. ¿Quién construyó el ferrocarril en los Balcanes y en Europa Oriental? La burguesía alemana se metió en Polonia. Los judíos construyeron la industria textil, etcétera. Lo que ahora se denomina ayuda a estos países es también una ofensiva del capitalismo occidental para recuperar el terreno perdido y, desde su punto de vista, esto implica la posibilidad de estabilizar su desarrollo.

A. B.—En seguida nos ocuparemos de Europa Oriental. ¿Podemos dar por sentado el mantenimiento de la unidad en la Unión Soviética? ¿Es posible evitar las tendencias centrifugas tan extremas que están emergiendo? Hemos estado hablando de Rusia; sin embargo, la URSS es un imperio multinacional.

B. K.—Rusia siempre fue multinacional.

A. B.—Sí, pero la política soviética sobre las nacionalidades parece haber proporcionado un cierto nivel de igualdad de oportunidades y de inversión.

B. K.—La Unión Soviética no es sino una nueva forma de imperio ruso. El único modo de mantener el imperio unido después de la revolución fue reformarlo, convirtiéndolo en un nuevo estado que, al menos nominalmente, fuera fede-

ral. Por eso, desde una perspectiva histórica, no es muy diferente hablar de Rusia o de la Unión Soviética. Es cierto que en los años veinte los bolcheviques trataron realmente de proporcionar una cierta igualdad a las diferentes regiones del país. Al mismo tiempo, los primeros bolcheviques de los años veinte eran también grandes chauvinistas rusos que desconfiaban de las poblaciones locales. Únicamente unos pocos nacionalistas apoyan a los bolcheviques, y la mayoría de ellos fueron inmediatamente trasladados a Moscú durante un año o más. Sólo después de haber demostrado su lealtad a los bolcheviques y de haberse «rusificado» lo suficiente, se les permitió regresar a sus repúblicas. Luego, con Stalin, Moscú se preocupó más de crear burocracias locales que de modernizar aquellos países. Cada región fue dotada de su propio aparato estalinista. En Asia Central, el resultado fue una terrible tragedia: la peor especie de desarrollo colonial, con una producción exclusivamente basada en el algodón, un monocultivo que ha conducido a un desempleo tremendo y al desastre ecológico.

H. M.—En mi opinión, estos problemas no deben verse únicamente desde la óptica comunista, discutiendo las políticas nacionales de Lenin y el «qué hacer» respecto a las nacionalidades, etc. Hay que mirar atrás y preguntarse qué es el imperialismo ruso. Es una clase peculiar de imperialismo porque está territorialmente unificado. El ruso es el único gran imperio colonial que todavía sigue existiendo, ya que todos los demás han sido desmantelados. Los comunistas aún son los herederos de un imperio prerrevolucionario. Es un imperialismo peculiar, porque en la mayor parte de la periferia los pueblos son más ricos: es el caso de Georgia, el Báltico y especialmente Europa Oriental. Los rusos van a Berlín Oriental, a Budapest y a Praga para comprar cosas y llevárselas a casa. Pero en el colonialismo clásico se extrae la plusvalía a los otros, y en la metrópolis hay más riqueza. Por último —y dirijo realmente la pregunta a Boris, como intelectual ruso—, me da la impresión de que la mayoría de los rusos con los que he hablado llevan una venda en los ojos. No son capaces de verse a sí mismos en el papel de imperialistas. El año pasado estuve en Lisboa. Se organizó un gran alboroto.

Estaban allí Brodsky, Tatiana Tolstoya y otros intelectuales rusos del más alto nivel, todos ellos buenos conocedores de Occidente. También había, naturalmente, húngaros y polacos, que ini-

ciaron una discusión política. Y ninguno de los rusos, sin excepción, consiguió comprender las razones del alboroto. «Fuimos nosotros los que os liberamos y los que más sufrimos las consecuencias de lo que sucedió —dijeron los rusos—, y vuestras quejas no son nada en comparación con lo que nosotros padecemos», añadieron. Esta óptica está muy extendida entre la intelectualidad rusa, ya sea esclavófila u occidentalizante. No aciertan a comprender. Hablo como especialista, porque soy alemán. Desde luego fue muy automutilante lo que hicieron los alemanes, pero es diferente si uno asesina a su propia gente; quiero decir que el mundo entero, en general, habría visto a Hitler con mayor complacencia si los alemanes sólo hubieran actuado contra ellos mismos. Si sólo hubiesen enviado alemanes a los campos de concentración, el mundo no se habría preocupado. No sé cómo explicarlo.

B. K.—Por eso es por lo que muchos rusos dicen que Hitler era mejor que Stalin. Hace un mes estuve hablando con un poeta de lengua rusa, que es judío y luchó en la guerra. «Bueno, Hitler no era malo en realidad.» «Lo siento, no lo entiendo», contesté. «¿Por qué no era malo?» «¡Oh!, porque sólo mataba a los judíos en Alemania. Eso no era tan malo para los alemanes. Probablemente aquí podríamos haber tenido un régimen estilo Hitler, en vez de un régimen tipo Stalin. Eso hubiera sido bastante aceptable.»

H. M.—Adonde quiero ir a parar es a que parece existir una diferencia entre lo que uno hace a su propio pueblo y lo que se hace a otros. En aquella discusión en Lisboa todo el mundo trataba de convencer a los intelectuales rusos de que existía esa diferencia y de que ellos deseaban quitarse de encima el imperialismo. Los europeos orientales fueron bastante intransigentes al respecto, y al final lograron su propósito. El proceso estaba claro; representaba un cambio completo de perspectiva. Y creo que dentro de la Unión Soviética debe pasar algo muy similar. Sin duda deben pensar que han hecho mucho por esa gente, y no comprenden por qué son tan desagradecidos, ni por qué les molesta tanto.

B. K.—Hay dos extremos. Un punto de vista es el que usted acaba de exponer, y es muy real. Algunos dicen: «¿De qué se queja esa gente?» Otros dicen: «¿Bueno, están combatiendo contra el enemigo principal.» El enemigo principal, desde luego, es el imperio. Existe un auténtico peligro de que en algunos lugares se exterminen físicamente a los rusos a millares. No necesariamente

sólo a los rusos, también a los armenios, a las minorías...

H. M.—Una guerra civil.

B. K.—Sí. Y hay gente respetable en Moscú que dice: «Este es el precio de la caída del imperio. Y si los rusos han de ser exterminados será porque el pueblo ruso tiene que pagar el precio por haber apoyado al imperio durante tanto tiempo.»

H. M.—Nunca he oído eso.

B. K.—Pues ahora es una de las tendencias dominantes en Moscú. Por mi parte, creo que hay dos principios. El primero —muy antiguo y bíblico— es que es mejor no matar a nadie. El segundo, que existen derechos humanos y derechos nacionales. Y, desde nuestro punto de vista, los derechos humanos tienen prioridad sobre los derechos nacionales. Las naciones tienen derecho a separarse, a la autodeterminación, etcétera.

H. M.—¿En teoría únicamente?

B. K.—Deben tenerlo también en la práctica, estoy de acuerdo. Pero, al mismo tiempo, todos los seres humanos deben tener iguales derechos. Si el camino hacia la secesión o hacia la autodeterminación significa que las minorías que viven en el mismo país han de ser suprimidas, discriminadas y privadas de sus derechos, la meta es correcta, pero el camino es erróneo.

H. M.—Expone usted sus argumentos un poco a la ligera. Lo que ha ocurrido en los estados bálticos, por ejemplo, es de una envergadura tal, que oír allí a los rusos, a la gente del *Interfront*, quejarse de que están siendo acosados es un poco exagerado. Porque hasta ahora lo que ha ocurrido ha sido lo contrario.

B. K.—No....

H. M.—Ha sido lo contrario. En esos sitios está teniendo lugar una rusificación masiva, de tal forma que se está literalmente acorralando a la nación. Yo estuve hace poco en Estonia, y no cabe duda de que allí existe una política deliberada de rusificación. Y esto ha venido siendo así durante décadas. Están instalando industrias irracionales que destruyen el medio ambiente. Hay un enorme complejo militar adonde se envía a gente que luego tiene derecho a votar, de acuerdo con las leyes vigentes. Por tanto, no nos olvidemos de la pregunta fundamental: ¿quién es aquí la víctima? Desde luego, no se trata de los rusos.

B. K.—¿Quién le dijo a usted eso? ¿El Frente Popular o...?

H. M.—Bueno, he hablado allí con mucha

gente, y he visto las estadísticas, y no cabe discusión.

B. K.—Sí que cabe discusión. En los estados bálticos, los rusos siempre estuvieron en el estrato inferior de la sociedad. Allí hay una nutrida población rusa. Y si en Estonia construyen industrias irracionales, lo mismo exactamente hicieron en Rusia.

H. M.—Cierto.

B. K.—Hicieron lo mismo también con la gente. Esa es la mentalidad estalinista: sencillamente, mover los recursos humanos como piezas en un tablero de ajedrez. Conozco funcionarios en Moscú que se ocupaban de tomar decisiones de este tipo, y ninguno de ellos se atrevió nunca a plantearse en términos de rusificación o de problemas nacionales. Porque, según ellos, se limitaban a redistribuir los recursos sobre el mapa diciendo: «Bueno, aquí nos faltan trabajadores y aquí sobra mano de obra, de manera que simplemente los trasladamos.»

A. B.—Las intenciones de los funcionarios no vienen al caso. La lección del nacionalismo es que lo que la gente experimenta es lo que define las fuerzas en juego. Puede que hayan existido colonizadores británicos bienintencionados, por ejemplo, a los que ni por un instante se les ocurrió pensar que estaban perjudicando a una nación autóctona al importar esforzados trabajadores árabes o a negros: lo hacían por el bien de todos. No obstante, esto constituía una amenaza para la población y la cultura locales, y al desaparecer el control colonial, esas fuerzas se desencadenaron en el seno de la población autóctona. Por tanto, cuando habla usted de principios puros, Boris, de derechos humanos y derechos nacionales, en este orden, resulta demasiado abstracto. ¿Cuáles son las fuerzas que están desencadenándose? ¿Y cuál va a ser el destino de este proceso?

B. K.—Como usted sabe, los rusos a los que se les está enviando al Báltico ocupan el estrato más bajo de la jerarquía social. La estructura social de Estonia, por ejemplo, es muy paradójica. Hay trabajadores no especializados que son casi exclusivamente de origen ruso; los trabajadores cualificados en la industria manufacturera son rusos en su mayor parte, mientras que el personal de los servicios y de la infraestructura son estonianos. Los rusos realizan siempre los trabajos peor pagados, son los indios de las Indias occidentales.

H. M.—Trabajadores migrantes...

B. K.—Exactamente, mientras que la población agrícola es predominantemente estoniana. La división nacional es también una división social en el seno de la sociedad. En el terreno de la educación, a los niños rusos se les envía a escuelas rusas y no tienen acceso a la enseñanza superior si no conocen las lenguas locales. Como tampoco pueden los rusos llevar sus niños a las escuelas locales sin conocer las lenguas locales. Ello fue una política deliberada de la burocracia local, porque querían que los inmigrantes volvieran a sus lugares de origen. Y la burocracia está integrada casi en su totalidad por la población autóctona.

H. M.—Esto no es verdad en el caso de la policía. El aparato represivo es fundamentalmente ruso.

B. K.—La policía es rusa, pero la KGB es estoniana. Probablemente porque tienen que conocer la lengua, no sólo pegar a la gente. La KGB está compuesta por la población local. La cúpula del aparato represivo es local, y el nivel inferior es ruso. Una vez más, la misma estructura. Y a propósito, la KGB apoya decididamente al movimiento nacionalista, en tanto que la policía está declaradamente en contra. Ahora en Estonia hay aproximadamente de 400.000 a 500.000 rusos. ¿Cuántos rusos han pasado por Estonia durante todo este período? Millones. Realmente son migrantes.

H. M.—Los intereses del típico trabajador migrante no se identifican con los del país. Quiero decir que no se siente ciudadano, porque cualquier día pueden ofrecerle un trabajo en Irkutsk en mejores condiciones. No tiene un interés real por Estonia.

B. K.—Espero que no apoyará usted la política de «enviar a casa» a los turcos...

H. M.—No, no. Creo que deberían tener derecho a participar en la Administración local, pero en vista del empeño que tienen en marcharse, de que rehúsan la integración y no tienen interés en aprender alemán; de que sólo vienen para comprar sus frigoríficos y sus coches —cosa que es perfectamente legítima— y luego regresan a Turquía; en vista de que rechazan la ciudadanía porque no quieren ser parte de Alemania, no consigo entender por qué se les debe conceder el derecho al voto en el gobierno del país.

B. K.—Es lo contrario de Estonia, donde los rusos acuden con frecuencia con la intención de establecerse e integrarse; incluso intentan tener

acceso al conocimiento de la lengua y, sin darse cuenta, caen en la trampa.

A. B.—Permítame que le interrumpa, Boris, porque ha pasado usted ahora de lo más abstracto a un nivel de precisión sociológica fascinante. Algo se ha perdido en el medio: la fuerza real de los acontecimientos. Los intelectuales progresistas siempre están alabando el lado bueno de la identidad local y dando muestras de desaprobación ante su parte oscura, fanática, confiando en que no empeore. Ellos...

H. M.—Escurren el bulto.

A. B.—Hoy en día, en lugar de presenciar, de un lado, una integración democrática en el seno de la Comunidad Europea y, de otro, la ansiada flexibilización en la URSS, con la reforma avanzando en ambos casos a la par que el desarrollo económico, es posible que lo que estemos contemplando sea el ascenso del fundamentalismo.

B. K.—¿También en Europa Occidental?

A. B.—Sí, en Europa Occidental hay claramente un ascenso del fundamentalismo.

B. K.—¿Se refiere usted al fundamentalismo europeo?

A. B.—Al fundamentalismo nacional y religioso. Y si en la Unión Soviética se produce un baño de sangre entre los diferentes grupos nacionales, las consecuencias aquí podrían intensificarlo, en primer lugar, con una reacción contra el Mercado Común, algo en lo que usted parece estar de acuerdo, Hans Magnus.

H. M.—Eso es lo que he predicho.

A. B.—Eso es lo que usted ha predicho. Si la Comunidad Europea comenzara a resquebrajarse, se intensificaría la cara oscura del nacionalismo. Existen ya ciertos indicios de ello en Inglaterra. Por tanto, el razonamiento que yo les planteo es el siguiente: Gorbachov está tratando de transformar la Unión Soviética, de hacer que su economía funcione, de introducir autonomía regional, y al mismo tiempo está intentando evitar un desmembramiento de la Unión Soviética que podría conducir a una posible catástrofe. La prueba de que actúa con seriedad es la política soviética con respecto a Hungría y Polonia; hasta la fecha ha fomentado activamente su independencia.

B. K.—Estoy en desacuerdo con casi todo...

A. B.—Ya lo sé. Porque mi conclusión es que todo el mundo, ya se trate de socialistas, como usted, Boris, o de liberales, debería intervenir para intentar derrotar a la burocracia desde dentro o desde fuera, incluso afiliándose al partido; en re-

sumen, deberían tratar de hacer que la «perestroika» funcione. En lugar de ello crean ustedes su propia organización socialista para oponerse a ella.

B. K.—Estoy en contra de en lo que se está convirtiéndose la «perestroika». Fíjese, si hablara usted ahora de la «perestroika», la mayor parte de la gente en Moscú se reiría. ¿Qué significa? Nadie lo sabe. Hay quien dice que la «perestroika» es para matar a los judíos; otros, que para matar a los rusos; un tercer grupo, que busca restaurar el capitalismo; otros, que significa autogestión, y hasta hay quien dice que se trata simplemente de mantener a Gorbachov en el poder.

H. M.—¿Y qué hay de malo en todo eso? Es un claro indicio de normalidad, de que la gente tiene derecho, por fin, a ser diferente. Antes eso estaba prohibido. Ahora, ustedes tienen derecho a discrepar.

B. K.—Estoy de acuerdo, pero sólo le pido que no utilice este término, que no tiene ningún significado para nosotros, y que lo único que consigue en Rusia es que la gente se eche a reír.

A. B.—Sin duda, *algo* ha cambiado en la Unión Soviética, ¿no es así? No es la misma que era hace cuatro años.

B. K.—Desde luego que no, pero...

A. B.—En la Unión Soviética está desarrollándose un nuevo proceso.

B. K.—Bien; lo que ocurrió en febrero de 1917 fue fascinante y brillante, y acabó en un terrible baño de sangre y en un régimen totalitario. Creo que era bastante lógico. Podríamos acabar con regímenes mucho peores que los del estilo Brezhnev. Ahora puedo viajar, pero eso no significa que todo vaya tan bien. Disfrutamos del momento, pero eso no quiere decir que a largo plazo sigamos haciéndolo.

H. M.—Entonces, permítame preguntarle a quién podría interesarle esa clase de resultado. Yo no veo a nadie, a ningún grupo social, ni siquiera a la burocracia, en su mayor parte; ni al ejército, ni a nadie, porque ello sería literalmente el fin. Sería el fin. Sería terrible para el resto del mundo. Está claro. Pero incluso para el propio pueblo soviético sería una aventura completamente suicida. Creo que incluso el gran mariscal del Aire encargado de la dotación de misiles tendría que pensárselo dos veces antes de plantear una alternativa a Gorbachov, porque eso significaría el fin, incluso para sus preciados y queridos juguetes tecnológicos. Rusia se convertiría en el Tercer Mundo. Y tal como yo lo veo, una cosa

así no puede redundar en el interés de nadie en Rusia.

B. K.—A nadie le interesa semejante cosa; no obstante, ya está muriendo gente.

H. M.—Pero tiene que haber un pensamiento político detrás de un proceso semejante.

B. K.—No hay ningún pensamiento político. Es un desbarajuste. Simplemente tiene usted que venir y ver lo que está sucediendo. No lo controla nadie. Cada cuál persigue sus propios objetivos, pero el resultado es algo no buscado por nadie. Porque no hay fuerzas integradoras en la sociedad que aglutinen a las diferentes tendencias en algún tipo de acuerdo. Después de 1917, la sociedad no consiguió producir ninguna clase de mecanismos o instituciones de compromiso social.

A. B.—¿No está tratando Gorbachov de producir instituciones de compromiso social?

B. K.—Está haciendo zozobrar el barco...

H. M.—Se ha logrado iniciar un proceso electoral, por ejemplo.

B. K.—Ello no significa sino hacer zozobrar aún más el barco. La sociedad de la Unión Soviética estaba bastante desorganizada, atomizada, etcétera, y el único elemento organizado en la sociedad era el aparato. Ahora nos enfrentamos a un proceso muy extraño. Por una parte, la sociedad está comenzando a organizarse a sí misma cada vez más. Al mismo tiempo, el aparato está empezando a desintegrarse en diferentes tendencias e intereses. La desintegración del aparato está teniendo lugar más deprisa que la organización de la sociedad. Eso en primer lugar. Por otra parte, las naciones están reconstruyendo su identidad más rápidamente de lo que las capas sociales están formando la suya. Y esa es la razón por la que se ha producido un enorme auge del nacionalismo. Porque hoy en día la nación es para mucha gente la única identidad colectiva que poseen. En esta situación, pienso que es inevitable algún tipo de colapso del imperio. Los esfuerzos de Gorbachov para mantener el imperio unido, incluso renovándolo, son totalmente contraproducentes, ya que nos están conduciendo, en cierto modo, hacia algún tipo de baño de sangre. Sería mucho mejor decirles a las Repúblicas sencillamente: «Marchaos».

H. M.—No se puede hacer eso.

A. B.—Se lo está diciendo a Europa Oriental.

B. K.—En Europa Oriental es mucho más fácil, porque no se ejerce una presión tan seria sobre él con respecto a aquellas cuestiones, ya que no son domésticas. Por ejemplo, si Gorbachov

hubiera alcanzado un acuerdo con los armenios en Nagorno Karabakh nada más comenzar la crisis, los azerbaiyanos, que en aquellos días no contaban con un movimiento nacionalista fuerte, hubiesen aceptado esta solución. Sin embargo, al apoyar el *status quo*, Gorbachov ha producido más nacionalismo armenio, más nacionalismo azerbaiyano, más matanzas, más luchas. Y se envió allí al Ejército sin saber lo que tenía que hacer...

H. M.—Eso fue un error, desde luego.

B. K.—Se envió allí al ejército, y aquello no es el Ulster. En Belfast, al menos, el ejército británico comenzó instintivamente a apoyar a los protestantes, porque en su mayoría estaba integrado por protestantes. Mientras que las tropas que acuden a Armenia y a Azarbaiyán no entienden lo que pasa.

H. M.—De acuerdo, concedamos que fue un error, pero, ¿qué es lo que pretende Gorbachov ahora? Está tratando de ganar tiempo, porque necesita tiempo. Por eso es por lo que ha celebrado este pleno sobre las nacionalidades y por lo que quiere conceder tanta autonomía como políticamente le sea posible. Está haciendo algunos progresos; pero no puede decir de la noche a la mañana «vamos a liquidar la Unión Soviética», porque políticamente no sobreviviría. En la política, a mi parecer, ganar tiempo es muy importante. No es posible solucionar de un día para otro problemas de estas dimensiones; Gorbachov tiene que actuar dentro del terreno de lo posible.

B. K.—No está ganando tiempo. Siempre lo está perdiendo. Este último pleno no mejorará las cosas, las empeorará. Destituir a Sherbitsky demasiado tarde es peor que no destituirle, porque ahora habrá un desorden enorme en Ucrania. Hace un año hubiera sido posible arreglar las cosas. Ahora la presión de los movimientos nacionalistas inmediatamente aumentará. Si quiere mantener las cosas como están tiene o bien que permanecer absolutamente firme y no hacer ninguna concesión, o hacerlas radicales, adelantándose a los acontecimientos, no simplemente rindiéndose a ellos. Nuestra preocupación es que mientras que el imperio parece empezar a desintegrarse en naciones-estados, no vislumbro la posibilidad de que estas naciones-estado puedan convivir en paz. La balcanización ya está en marcha. Si Armenia y Azerbaiyán tuvieran sus propios Ejércitos, actualmente habría guerra entre ellos. Por tanto, nuestro cometido es tratar de apoyar a las fuerzas más democráticas en todas

las potenciales naciones-estados, e intentar persuadir a la gente, incluyendo a los nacionalistas, de que sería mejor para ellos contar con un estado democrático. En el Comité Socialista hay un slogan: «No podemos permitirnos doce Rumanias más.»

H. M.—Una vez más corremos el peligro de la abstracción. El veneno de la democracia actúa con bastante rapidez, como puedo atestiguarlo. Nosotros hemos tenido la República de Weimar, que fue muy breve, y actualmente, estos últimos cuarenta años, que no son nada. Con gran consternación de algunos de nuestros políticos, el pueblo se acostumbró a la democracia de un modo sorprendentemente rápido. El mayor problema de quien intente arrebatarse este juguete al pueblo será el de quitarle los derechos que ya posee. Por consiguiente, creo que deben ustedes tener cuidado. Ello no requiere siglos de gobierno parlamentario. Basta con tener algún recuerdo, como en Hungría. Quizá todo lo que se necesita es la memoria de una aspiración democrática.

A. B.—Parece que usted, Hans Magnus, está diciendo dos cosas: primero, que la gente, una vez conseguida cierta democracia, quiere conservarla, y segundo, que necesitan una memoria histórica, incluso aunque ésta sea un mito, para respaldar esa reivindicación. Pero cuando hablo con los rusos me dicen: «¡Oh! Sólo conocimos la democracia durante seis meses» o «*En realidad, nunca la conocimos.*» En lugar de apreciar aquel momento, por mítico que fuese, no le dan ninguna importancia. Usted, Boris, es igual. Nada de lo que Gorbachov hace está bien. Para triunfar, dice usted, tendría que adelantarse a los acontecimientos y dirigir el proceso...

B. K.—No queremos que se adelante a estos procesos. Queremos destruir sus proyectos.

H. M.—Es usted un derrotista. Es usted un derrotista.

B. K.—No, nosotros creemos que está llevando el país al desastre. A muchos intelectuales les puede parecer que las cosas van mejor ahora, como sucedió en febrero de 1917. Bien, si se piensa en todo lo ocurrido desde entonces, los resultados no son tan bonitos.

H. M.—Pero este mecanismo sobre el que hemos hablado respecto de Europa Oriental, también debe operar para ustedes, porque no somos antropológicamente diferentes. Los rusos no son totalmente diferentes a otros pueblos. Tienen ustedes tradiciones diferentes, pero no son tan dis-

tintos, y han empezado a abolir el pasado. Pueden coger el tren sin pedirle permiso a nadie —pueden viajar por toda la Unión Soviética—, cosa que antes no podían hacer. Pueden decir lo que quieran. Y pueden publicar la mayor parte de lo que deseen decir. ¿Y ahora se les quiere arrebatar esto?

B. K.—Por supuesto que no. Por supuesto que no.

H. M.—Por tanto, se han creado hechos sociales. Acabo de mencionar dos, pero hay muchos más. Arrebatarle esto a la gente será un problema. No es tan fácil.

B. K.—Exactamente. Por eso soy tan pesimista. Fue fácil para el zarismo gobernar de forma autoritaria a un pueblo sin experiencia de democracia de masas. Después de la revolución, para destruir sus conquistas, Stalin necesitó el terror en masa. Ninguna normalización semejante podría resultar ahora mucho peor que los regímenes que existieron anteriormente.

H. M.—Mire usted, el terror stalinista poseía una extraña clase de moralidad *sui generis*. Existía la motivación para ello. La gente creía en ella. El sentido de legitimidad del régimen era fuerte. Algunas personas me han dicho que lloraron cuando Stalin murió. ¿Quién lloró por Brezhnev? ¿Quién va a llorar por el próximo dirigente? Una repetición del terror no lograría ni siquiera una aceptación pasiva, no contaría con un apoyo de masas como el que tenía el partido en los años treinta.

B. K.—Pero un intento puede costar muchísimas vidas. Ahora es posible leer a los intelectuales liberales en la *Literaturnaya Gazetta* diciendo que el régimen debe ser fuerte para alcanzar a Occidente y sobrepasarlo. No podemos ser sentimentales con los trabajadores. Tenemos que obligarlos a trabajar.

A. B.—Pero está bien que ese material se publique.

H. M.—No es posible tener una democracia perfecta. Nosotros tenemos a los fascistas hablando todos los días.

B. K.—Pero esos no son fascistas. Son intelectuales de moda.

H. M.—Mi argumento es que la democracia puede crisparle a uno los nervios, porque siempre se está zarandeado por las cosas más desagradables. Es como un análisis freudiano. Toda la porquería sale a relucir en la democracia. Fíjense ustedes en nuestros quioscos de periódicos. Son muy inquietantes. Hemos comprendido que

tenemos que tolerar que la gente hable de lo bueno que sería tener trabajo forzoso.

B. K.—Por el bien de la modernización y para salvar el proyecto, que ahora se está convirtiendo en su proyecto oficial.

A. B.—Boris, me deja usted casi sin habla.

B. K.—¿Por las cosas tan terribles que estoy diciendo?

A. B.—No. Por su fatalismo. Gorbachov es Alejandro II, pero su progreso no durará ni siquiera una generación. O estamos en febrero de 1917 y nos encaminamos hacia una catástrofe inscrita en el mismo proceso de tratar de mejorar las cosas. No será exactamente como en Pekín, sino un equivalente europeo de grandes proporciones de la plaza de Tiananmen. Porque la democracia, por inmadura que sea aún hoy en día en la Unión Soviética, no es un asunto de estudiantes en la Plaza Roja, están los mineros, los movimientos nacionales, es enorme. Sin embargo, usted parece decir que está condenada, y que la culpa es de Gorbachov, quien, además, está empeorando las cosas. Encuentro extravagante esta descripción.

H. M.—Casi equivale a una justificación de Brezhnev, porque aquella era la mejor solución...

B. K.—Sí...

H. M.—Esconder todo debajo de la alfombra, mantener el estancamiento, no es bueno, pero al menos no hay derramamiento de sangre.

B. K.—Mucha gente dice que con Gorbachov está muriendo más gente que con Brezhnev.

H. M.—El presente es el *resultado* de la era Brezhnev. Gorbachov heredó la crisis. La ha afrontado, no la ha creado.

B. K.—Pensemos en Luis XVI. Eso fue exactamente lo que él trató de hacer. Los franceses no decapitaron a Luis XIV, que hizo muchas cosas negativas para Francia, ni a Luis XV, que fue también bastante nefasto, sino a Luis XVI, que probablemente era el mejor de los tres. Eso es lo que está ocurriendo con Gorbachov. Va a pagar ahora por todos sus precedentes, le guste o no.

H. M.—La analogía no tiene fundamento, porque diga lo que diga usted sobre la Revolución Francesa, había, sin duda, una fuerza emergente, que implícitamente tenía un gran proyecto acerca de cómo debería ser la sociedad. Por tanto, en este sentido, es lo contrario de lo que usted ha diagnosticado en la Unión Soviética actual, esto es, la ausencia de proyecto, donde nadie sabe qué hacer.

B. K.—Pero eso empeora las cosas, no las mejora.

A. B.—Gorbachov parece tener un proyecto.

B. K.—Me temo que no. Pero mire usted esa fotografía de la pared (señala a un cartel de una foto de un camión con la carrocería de una taranta antigua de madera). ¿Cree usted que se moverá o no? ¿Cuál es su conclusión?

A. B.—Cuando se mueva, se vendrá abajo. (*Risas*).

B. K.—Se moverá, pero se caerá en pedazos. Esa es exactamente la situación en todo el imperio, incluyendo Europa Oriental.

H. M.—No estoy de acuerdo en lo de Europa Oriental. Si los rusos siguen dejándoles en paz, entonces, aunque a trompicones, a la buena de Dios —porque su vehículo no es un coche lujoso—, podrían hacerlo muy bien. *Siempre* que se les deje en paz.

B. K.—Ya lo están.

H. M.—Es una razón a favor de Gorbachov. Cada día que Gorbachov está ahí mejoran las posibilidades de Europa Oriental. Si pudiera mantenerse sólo dos años más, todos estos regímenes —Berlín Oriental, Praga, etc.— se marchitarían y caerían. Esto es evidente. La presión por ambas partes es abrumadora. Incluso a corto plazo puede que ni Alemania Oriental se sostenga.

B. K.—Pensemos una cosa. Los dos países más desarrollados de Europa Oriental y Central, Checoslovaquia y Alemania Oriental, son los más conservadores. Cuentan con infraestructura y gente competente para mantenerse consolidados. No obstante, si se relajan, estas culturas se mudarán al mundo occidental de la noche a la mañana.

H. M.—No cabe duda de que lo harán.

B. K.—Mientras, en Polonia y Hungría las cosas no son tan sencillas. Están volviendo a su experiencia pasada, y mucho me temo que en realidad es así. Están regresando precisamente a su experiencia caótica de los años veinte a un nuevo nivel. Vuelven al complejo de inferioridad que entonces tenían, y la distancia con Europa Occidental probablemente se está ensanchando. En este sentido, 1992 puede ser muy malo para los europeos orientales, porque con una Europa Occidental integrada se convertirán en una periferia.

H. M.—Estoy de acuerdo. Tenemos que oponernos a un Mercado Común en la medida en que se trate de un club exclusivista. Tenemos que combatirlo, políticamente hablando.

B. K.—Sí Polonia y Hungría fueran aceptados como miembros de pleno derecho del Mercado

Común, entonces se les podría sacar de su crisis. Pero creo que a los grupos sociales dirigentes en Europa Occidental no les interesa despilfarrar sus recursos sólo para rescatar a Polonia o a Hungría. Quieren servirse de estas economías manteniéndolas en una posición subordinada. Como uno de mis amigos holandeses me dijo refiriéndose a Hungría y Polonia: «En un par de años serán el perfecto México de los Estados Unidos de Europa.»

A. B.—Una Polonia de 38 millones de habitantes con un alto nivel de vida, que está creciendo económicamente y que no es precisamente un mercado de trabajo barato, significa...

H. M.—Mejores negocios. Miremos el caso de España. La experiencia española es muy notable e interesante. Inicialmente, la petición española de ingreso en el Mercado Común topó con una resistencia basada en argumentos similares. Pero, por supuesto, como luego se ha visto, había otra perspectiva mucho más inteligente para los intereses del capitalismo: que estos países funcionaran. Es lo mejor para todo el mundo; no sólo para los ricos, sino también para los pobres.

A. B.—Sí. Boris, usted arguye constantemente desde un punto de vista cíclico, tanto con respecto a la Unión Soviética como por lo que se refiere ahora a Europa Oriental.

B. K.—Para salir de este círculo hay que cambiar el arquetipo de comportamiento político.

H. M.—Eso es lo que está sucediendo en Polonia.

B. K.—No lo creo.

A. B.—Por utilizar sus propias palabras, el «arquetipo» de comportamiento político no se cambia con facilidad. Pero hay una fuerza que está conduciendo a tal cambio. Una de las cosas que me sorprendieron en Moscú hace dos años fue su similitud con los años sesenta. Pensé que los sesenta habían llegado a la Unión Soviética.

B. K.—Sí, por eso me gustó tanto su libro.

A. B.—Saltaba a la vista por lo que se refiere al abismo generacional, al «rock and roll» y a la televisión. Es un cambio enorme: la llegada de una sociedad urbana, plural, y es irreversible.

H. M.—Toda la confusión, y todos los espejismos, y la retórica, todo. Mientras que su teoría de los ciclos es muy antimarxista, porque hace total abstracción de lo que solían llamarse las fuerzas productivas y las relaciones de producción.

B. K.—No, no. Trataré de demostrar cómo se articula todo ello en el proceso real de producción.

A. B.—Pero si estamos contemplando la llegada de los años sesenta a Europa Oriental, y ahora a Moscú, entonces no estamos ante una versión repetida del siglo XIX y de los primeros años del siglo XX.

B. K.—Yo soy muy pesimista a corto plazo, mientras que a largo plazo no lo soy tanto, precisamente por las razones que usted acaba de mencionar, ya que nuestras sociedades actuales no son una copia ni siquiera de las de hace tan sólo veinte años. No obstante, en Polonia incluso Adam Michnik, una persona que se opuso al régimen toda su vida, ve la necesidad de soluciones autoritarias para la modernización y occidentalización.

H. M.—Ante mi sorpresa, los polacos muestran una capacidad para el compromiso en este proceso que previamente nunca habían conocido. Incluso hace cinco años, la sociedad polaca estaba tan polarizada, que a ciertas personas no les era posible hablar con otras, ni siquiera estar en la misma habitación. Se condenaban al ostracismo mutuamente.

B. K.—Yo no puedo hablar con mucha gente en Rusia, como usted sabe.

H. M.—Bien, sí; pero actualmente las cosas han cambiado y ustedes pueden hablar entre sí. Y eso significa que, incluso en términos de política práctica, todo el mundo está dispuesto a tener en cuenta al otro.

B. K.—Estoy de acuerdo y en desacuerdo. Eso es lo que llaman la esencia de nuestra discusión, estamos de acuerdo y en desacuerdo al mismo tiempo. Estoy de acuerdo en que se ha alcanzado la capacidad de compromiso, pero se ha alcanzado en el seno de la élite política. Lo que me dijo Michnik en Moscú, que me dio tanto miedo, es que los objetivos económicos de Jaruzelski eran correctos, pero que el régimen carecía de autoridad moral para alcanzarlos. Sólo Solidaridad podía llevar adelante el programa de Jaruzelski. Alcanzar un compromiso sobre semejantes bases equivale a aceptar la lógica del régimen y limitarse a cambiar los individuos. Simplemente se cierran las minas ineficaces, se aprende a vivir con el desempleo y se reorienta la economía.

H. M.—En realidad, ese no era el proyecto de Jaruzelski.

B. K.—Yo creo que sí lo era. Tenía que tratar de destruir los baluartes de la resistencia de la clase trabajadora, y al mismo tiempo construir una nueva clase media vinculada a Occidente, que pudiera apoyar al régimen.

A. B.—Ese es el camino que Den Xiao-Ping está siguiendo en China.

B. K.—Exactamente.

H. M.—Sí; también se ha hecho en Corea del Sur.

B. K.—Nuestro consejo es que no hay que hacer lo mismo.

H. M.—¿Hay otros caminos?

B. K.—Al menos pensemos en otros caminos. Por ejemplo, volviendo nuestra atención al Tercer Mundo, desarrollando una economía interna; haciéndonos más independientes de Occidente, en lugar de más dependientes; produciendo tipos de desarrollo a nivel local conforme a la idea «lo pequeño es bello»; reestructurando el empleo en esta dirección, y sólo entonces, cerrando las plantas ineficaces que han sido utilizadas para mantener el empleo de la gente. Queremos ciertos elementos de la experiencia socialdemócrata junto con el nuevo radicalismo, en vez de una obsesión tenocrática por alcanzar a Occidente. El problema es construir un concepto alternativo, y consolidar el apoyo social a esta clase de nuevo proyecto como alternativa a la «perestroika» oficial. Tenemos miedo de que la «perestroika» se venga abajo antes de que nosotros seamos capaces de producir nuestra alternativa. Pueden ustedes decir que estoy decididamente en contra de Gorbachov, pero al mismo tiempo, cuanto más tiempo mantenga él las cosas como están siendo ahora, cuanto más consiga sobrevivir como el Gorbachov de hoy —porque mañana podría haber un Gorbachov muy diferente—, mejor. Ello nos proporcionará un respiro.

H. M.—Ahora me doy cuenta de la ambiciosa posición de la que parte su razonamiento. Lo que usted tiene en la cabeza es algo mejor que Occidente.

B. K.—Así es.

H. M.—Desde luego, esa no es una meta muy modesta. Y también estoy de acuerdo en que la base para esa clase de proyecto es muy inestable. Es un proyecto enorme. Quiero decir, son ustedes mucho más ambiciosos que nadie.

B. K.—Eso es porque somos rusos, desde luego.

H. M.—De pronto somos nosotros quienes, en comparación, parecemos tímidos, porque, de algún modo, hemos limitado nuestras ambiciones. Ahora resulta que somos nosotros los que nos hemos acoplado a la realidad, y no ustedes. El pensador utópico aquí es entonces usted, y ello sesga los argumentos anteriores.

A. B.—Ya ve usted lo que está ocurriendo y

hasta qué punto la analogía con los sesenta es amplia y alarmante. Lo que sucedió en los sesenta fue, al comienzo, muy democrático: todo el mundo debía tener su propio punto de vista, nadie debía imponérselo a nadie, y todos debían participar. Los jóvenes eran abiertos, aunque iracundos; generosos, aunque impacientes, querían un cambio total. En una situación semejante era imprescindible encontrar respuestas. Y las respuestas que la mayoría de la gente encontró eran simples predeterminadas, procedentes del pasado.

H. M.—Como «Dos, tres, muchos Vietnams». Un slogan muy ambiguo.

B. K.—Quince Vietnams más. Eso sería terrible.

A. B.—Los jóvenes, que eran lo mejor del futuro, estaban poseídos por ideas del pasado. Y su enorme entusiasmo significaba que estaban dispuestos a dejarse controlar por ideas que tenían muy poca relación con la realidad. Estoy hablando aquí de una experiencia muy cercana a mí.

B. K.—Sí, estoy de acuerdo. Pero nosotros somos mucho más pacientes.

A. B.—¡No veo que sean ustedes mucho más pacientes! Acaba usted de describir precisamente una variante de lo que escuché —o dije— hace veinte años. Están ustedes igualmente descolocados, y su actitud puede provocar la catástrofe.

H. M.—Voy a retomar el argumento desde otro punto de vista. ¿Cuál fue el auténtico impacto de los años sesenta? En historia nadie consigue lo que quiere, obtiene un resultado que no es ni lo que él ni su oponente pretendían. Hablando de mi país, estaba fuera de la realidad pensar en una revolución en los años sesenta. Yo personalmente, conociendo mi Alemania, nunca lo creí. Pero al mismo tiempo, el resultado fue una modernización de nuestra sociedad, que estaba pendiente desde hacía mucho tiempo. Nos libramos de algunas obsesiones y de cosas anacrónicas. Había que ser muy violento, gritar muy fuerte, porque en una sociedad pluralista si uno se limita a ser razonable, nadie te escucha y no tienes impacto en la sociedad. Pero a fuerza de exagerar las reivindicaciones y las ambiciones se consiguió transformar la sociedad germano-occidental. Las relaciones sociales han cambiado: entre estudiantes y profesores, entre superiores y empleados, entre doctores, enfermeras y pacientes, y así sucesivamente. Se han actualizado. Ese fue realmente el resultado, y personalmente creo que fue un éxito enorme. Si una minoría de cien mil per-

sonas consigue lograr esto, entonces cualquier dosis de exageración y de locura está justificada hasta cierto punto.

B. K.—En ese sentido, usted apoya que seamos utópicos.

H. M.—Sí.

B. K.—Estoy de acuerdo. Precisamente quería decirle lo mismo a Anthony. Los años sesenta no fueron un fracaso en Occidente. Fracasaron como proyecto utópico, pero todos los proyectos utópicos acaban fracasando tarde o temprano.

A. B.—Usted, Hans Magnus, que criticó el extremismo en aquella época, lo defiende ahora. Quiere usted quedarse con lo mejor de los dos mundos.

H. M.—Siempre tiene que haber costes evitables. Sin la clase de feminismo extremo, rabioso, furioso, no veo cómo hubiera podido avanzar el movimiento de mujeres. No se puede ser enteramente racional, siempre hay un elemento de exceso.

A. B.—Sin embargo, en la Unión Soviética hoy en día ¡nadie abraza otra cosa que no sea un exceso u otro!

H. M.—Eso es cierto. El sentido común no es una fuerza social.

B. K.—Pero *no* se trata de sentido común. Tienen ustedes razón al decir que nadie apoya a Gorbachov como ese progresista prudente que ustedes parecen percibir desde Occidente. Con esto demuestran que Gorbachov está fracasando. Al cabo de cinco años sigue siendo incapaz de lograr que algún estrato político apoye su proyecto. Por el contrario, la polarización en diferentes sectores es una de las manifestaciones del creciente fracaso de la «perestroika». Quisiera que los occidentales dejaran de hacerse demasiadas ilusiones sobre nuestro futuro. Y me gustaría no tener que decir esto.

H. M.—Casandra siempre tiene la esperanza de equivocarse, por supuesto.

A. B.—No creo que se trate de que nos hagamos ilusiones. Personalmente creo que la empresa entera puede fracasar, aunque Gorbachov hace bien en intentarlo. Ni siquiera estoy diciendo que pueda triunfar, pero, francamente, no entiendo cómo podría lograrlo si nadie más intenta que funcione.

B. K.—No lo hacen por una simple razón. No hay ninguna capa social —ni siquiera una pequeña— que esté interesada en esta clase de desarrollo. Porque la clase de desarrollo producido por Gorbachov es un intento de estabilizar y, en

cierto modo, estructurar nuestras vidas de una forma que no es sino un compromiso de grupos airados, antagónicos y en lucha. Ningún sector de la sociedad está interesado en un resultado semejante.

H. M.—La intelectualidad es un candidato obvio.

B. K.—No, no.

H. M.—Por su propio interés, por razones estrictamente egoístas, toda la intelectualidad debe apoyar a Gorbachov, porque sin su proyecto seguiría enmudecida, como lo ha estado durante décadas.

B. K.—No. El proyecto de Gorbachov no tiene nada que ver con los valores de la intelectualidad, porque está basado en actitudes hacia el mundo puramente consumista. Además, apoyarlo equivaldría a perder su identidad. Alinearse con el poder contradice la auténtica esencia de la intelectualidad.

H. M.—No lo creo. Estábamos hablando de la estructura social, ahora usted introduce los valores. Son cosas diferentes. Independientemente de cuáles puedan ser sus valores o de lo que quiera decir, la intelectualidad, como estrato social, tiene un interés natural en poder publicar y hablar.

B. K.—No es cierto. Para la intelectualidad, la falta de represión es un terrible problema, que está casi destruyéndola actualmente en Rusia.

H. M.—¡Oh, vamos! ¡No me trago eso!

B. K.—Pues es cierto.

H. M.—Es una actitud muy a lo Dostoyevski: la necesidad de sufrir.

B. K.—No, yo no la necesito. Pero simplemente hablen con la gente en el teatro. Dicen que sin cesura...

H. M.—¡Oh, vamos! No nos venga con eso. Es un disparate.

B. K.—No, no. Hablo en serio.

H. M.—Bueno, entonces es una visión muy deformada de su cometido.

B. K.—Pero es real. Se ha gestado en cientos de años de experiencia.

A. B.—Una última pregunta. El capítulo final del libro de Hans Magnus se sitúa en el año 2006. ¿Ha cambiado su visión del futuro desde que lo escribió?

H. M.—Infravaloré la aceleración. Pensé que las cosas llegarían con más lentitud, tanto las cosas críticas como las nuevas posibilidades que se nos brindan. Debería haberle puesto una fecha diferente. Tal vez diez años antes.

A. B.—¿Y el fin del Mercado Común?

H. M.—No, el fin no, pero la desilusión con el Mercado Común y la resistencia de los pueblos europeos a los tecnócratas de Bruselas no tardarán en llegar.

B. K.—Eso será algo grande.

H. M.—El proyecto de Europa tiene que cambiar. No creo que desaparezca, pero tendrá que cambiar muy profundamente, porque nadie en esta parte del mundo está dispuesto a volver a la situación constitucional de 1830. Nos enfrentamos a un gobierno no elegido. Nos enfrentamos a un gobierno de grupos de presión y políticas de gabinete en el que los comisionados hacen leyes, y no tenemos ni representación ni voto. Los pueblos europeos no lo van a aceptar.

B. K.—Yo también creo que el intento de poner en práctica una Europa unida tropezará con una resistencia tremenda en Europa Occidental; 1992 no será el final de sus problemas, sino el comienzo. Y estoy completamente seguro de que ello producirá más separatismo, más nacionalismo y un sentimiento más fuerte de identidad cultural.

H. M.—Llevada al extremo, la centralización simplemente no funcionará. Es parte de un fenómeno que vemos en el mundo entero, más dramáticamente en la Unión Soviética.

B. K.—Estoy de acuerdo. Nadie quiere ser simplemente soviético. La gente quiere ser rusa, judía, estoniana o cualquier cosa. Nadie quiere este tipo de anonimato cosmopolita que destruye sus identidades nacionales. Y cuanto más se intenta imponérselo al pueblo, más se resiste éste.

A. B.—Quizá esto responda a mi pregunta sobre Gorbachov. Porque está claro que él quiere ser soviético.

B. K.—Gorbachov sí quiere, pero el pueblo, no.

H. M.—Gorbachov está muy solo.



ESTAT DEL BENESTAR I DESIGUALTATS SOCIALS

NUMERO 34

S U M A R I

Presentació

ARTICLES

ANDRES BILBAO:

La lògica del Estado del bienestar y la lògica de su crítica: Keynes y Misses

FELIPE SERRANO PEREZ:

Crisis y futuro de la Seguridad Social

JOAN FONT FABREGAS y PALOMA FONTCUBERTA RUEDA:

Participación política versus participación electoral

R. E. PAHL:

De l'«economia informal» a «formes de treball»: models i tendències transnacionals

ERNEST GARCIA:

Sociologia del desenvolupament i límits ecològics

C. R. AGUILERA DE PRAT:

El estado de las autonomías en el discurso político de Convergència Democràtica de Catalunya

CARLOS LOZARES:

La tipología en Sociología, más allá de la simple taxonomía: conceptualización y cálculo

Bibliografía sobre el tema Estat del benestar i desigualtat social

Ressenyes bibliogràfiques

Llibres rebuts

SUSCRIPCIONS

ESPANYA:	Tarifa ordinaria	3.300 Ptas.
	Tarifa de col·laboració	3.900 »
	Tarifa d'estudiants	2.500 »
ESTRANGER:	Tarifa única (correo normal)	40 \$

(Tarifes anuals, validesa per a 3 exemplars.)